

3 de junio 1982 +

2811

1982

CLAUDIO ORREGO: AUTENTICIDAD Y ENTUSIASMO.

Entre los muchos rasgos que evoca la imagen de Claudio Orrego: su cordialidad humana, su alegría vital, su espíritu de lucha, su portentosa facilidad para escribir, las que un análisis retrospectivo proyecta para mí con mayor fuerza son su autenticidad y su entusiasmo.

Tenía Claudio la rara virtud de inspirar confianza a primera vista. Algo había en su modo directo y franco de expresarse que trasuntaba sinceridad. Las mismas cosas que pudieran a veces chocarnos, o planteamientos suyos que nos parecieran hasta disparatados, nos confirmaban que estábamos en presencia de un ser sin dobleces, que se mostraba tal cual era. Es que tenía la autenticidad de los niños, sin malicias ni artificios. Tras su palabra ágil y la habilidad de su raciocinio, reflejaba lo que sentía.

Esa autenticidad lo llevaba a ser definido y valiente. Rechazaba instintivamente las posiciones ambiguas. Sostenía sin ambages lo que creía verdadero. Y por creerlo así, se comprometía en ello con la decisión que la verdad requiere de una conciencia moral bien puesta.

Por eso estuvo dispuesto, en momentos de incertidumbre en que el movimiento demócrata cristiano parecía empantanarse en vacilaciones internas, a asumir su conducción con todos los sacrificios y riesgos que entrañaba. Respondió así, con espontánea generosidad, al requerimiento de muchos amigos que creíamos necesario que hombres nuevos tomaran en sus manos la dirección, para impulsar un proceso de renovación espiritual, ideológica y de estilo en la conducción política.

Por lo mismo, enfrentó con altura ejemplar, sin reproches, amarguras ni resentimientos, los tropiezos -a veces mezclados con prejuicios injustos y mesquindades ~~que~~ para él dolorosas- que en definitiva impidieron esa solución. "Los hechos se fueron dando en otra forma", me escribió a fines de Febrero de 1982, por lo que "en aras de facilitar la unidad partidaria y permisi-

tir una mayor serenidad en la reflexión, procedí a retirar mi nombre...al día siguiente de los funerales de don Eduardo Frei. Creí que ese era el paso más conducente para mejor resolver en un futuro próximo y dejar clara constancia de que no se estaba en una pugna de poder o de algunos liderazgos personales".

Precurando convencerme de que yo tomara "el bastón" de la candidatura que él dejaba, reiteró en esa carta la necesidad de definiciones claras que su autenticidad natural le hacían reclamar. "los tiempos que vienen -escribió- serán de una dureza extrema. Por lo tanto, la claridad es un elemento esencial para impedir el desmantelamiento del centro político y una fatal nueva polarización del país entre dos extremismos. Serán tiempos para hombres de convicciones profundas, testimonio probado y firmeza en la conducción. La indefinición, la ambigüedad, el acomodo y la debilidad son, siempre, los pecados capitales de una época en crisis".

Solucionado el impase poco tiempo después mediante una fórmula de consenso -que no le satisfacía plenamente, pero a la cual prestó su generoso apoyo-, de inmediato se puso a las órdenes de la nueva dirección para prestarle su valioso concurso, lo que sin duda seguiría haciendo si Dios no se lo hubiera llevado.

Otro atributo que hacía tan atractiva la personalidad de Claudio era su extraordinaria capacidad de entusiasmo. Vivía intensamente cada acontecimiento y cada momento, con tan genuina exaltación y fealdad de ánimo que contagiaba a quienes lo rodeaban. Acometía sus tareas como inspirado desde lo alto, con la sana y alegre vehemencia de un nuevo don Quijote. Impulsado por su fe, motivado por su inteligencia, comprometido en cuerpo y alma por sus sentimientos, Claudio se entregaba a sus quehaceres con el entusiasmo de un verdadero Cruzado.

En alguna parte he leído que, etimológicamente, "entusiasmo" significa "tener a Dios consigo". Sin duda, Claudio lo tenía.

Patricio Aylwin A.